**101. Escapatoria**

A trancas y muchas barrancas me recuperaba de un desengaño amoroso a mis veintitrés añitos, más por culpa de locos cupidos que de los razonables hados. Con unos ahorritos de mis primeros sueldos y por consejo de unos padres provisores, los invertí en una inmobiliaria llamada *La Senda* situada en la calle Ramón y Cajal. Al poco nos enteramos de que la citada estaba a punto de finiquitar para poner rumbo, supuestamente, a las sendas de los elefantes, en honor y oprobio de su nombre.

Una tarde me llegué y mientras esperaba junto a otros damnificados, se sentó a mi lado un señor muy alto, moreno, calvo y de poblado bigote. Su fonación de tenor italiano pronto sintonizó con la mía, más al estar embarcados en la misma chalupa a punto de zozobrar. Me contó que era teniente, pertenecía al ejército del aire, habitaba una casita ubicada frente a la base de Tablada y que padecía problemas cardiacos. Como me licenciaron recientemente en el mismo cuartel surgieron episodios castrenses y, como no, algunos detalles de mi ruptura, de mi sólido empleo y otras cualidades que él vería y que por pudor callaré.

El hombre –puede que algún lector me crea vanidoso– sintió un acercamiento afectivo y tras larga charla pasada por la euforia al devolvernos el dinero, me invitó con insistencia a su casa. En la conversación aludió repetidas veces a su única hija, alabando su belleza y cualidades, incrementándolas a medida que las escuchaba con interés y porte.

Tenía pocas ganas de embarcarme en otro berenjenal de faldas: lo pasaba muy bien al recuperar libertades, de visitas por la *Bodeguita Romero* y otras tascas de la Sevilla que se fue*,* más algún que otro flirteo surgido por la paseada Avenida de José Antonio.

Pero al recordarme por teléfono la cita, traté de cumplir la promesa adquirida y una tarde llegué a bordo de mi Lambretta 200 al chalecito militar donde fui recibido casi a toque de corneta. Su esposa, discreta y amable, anulada por la vitalidad del marido, preparó una merienda perfecta. Comenzamos –reconozco mi estupor ante la ausencia de la hija– cuando se levantó para enseñarme una fotografía vestida de mantilla. «¿Qué te parece? ¿A que es muy guapa?». Me quedé unos instantes pensativo y le dije: «Don José, es cierto, tiene usted una hija muy agraciada». Sonrió abiertamente y me señaló las escaleras por donde bajaba Ana Mari, toda ella compuesta, la pobre, sintiéndose, digo yo, un mucho exhibida por un padre deseoso de celebrar una próxima boda pero todavía sin novio. El cuadro me recordó al de aquellos noviazgos que se pactaban sobre todo en ambientes rurales o en las casa reales, sea bueno puntualizar.

La cosa adquirió un extraño perfil porque solo hablábamos el padre y yo. Creo que marché sin oír el tono de ambas. Es posible que el buen hombre y mejor padre, cayese en un estado irreal por culpa del güisqui dado que, y aunque lo tomaba por prescripción médica, según aseguraba, sus efectos nos hizo creer que estábamos solos, olvidando su objetivo de presentador o –aunque esté feo decirlo– vendedor de su querida Ana Mari y yo el de comprador. Tomé una cogorza cuya resaca me duró un par de días, sin saber cómo llegué a casa en la moto. Sin duda que el contenido de la botella del Chivas Regal de doce años –me susurró que le llegaban de Canarias– lograría que su corazón durase varios años más.

El volver hubiese significado casi una capitulación. Preferí perder la posible oportunidad de conocer a la niña porque, llegado el caso, una escapatoria la adivinaba muy complicada. No recuerdo, pero me enteré que falleció y, de verdad, ahora que soy padre lo comprendo y me da mucha pena de don José que se quedó compuesto y sin yerno.